

Enrique Badosa: «Subirachs en Gaudí», *ABC Cataluña*, 15 de febrero de 1988, p. III

Se acaba de cumplir el primero de los quince años que Subirachs trabajará en el Templo de la Sagrada Familia. En la Fachada de La Pasión ya se puede admirar uno de los primeros frutos del arte de Subirachs: ese patético, conmovedor Cristo atado a la Columna de la Flagelación. En un plano superior al de tal obra, se colocará La Verónica, y luego, por encima de ella, el Cristo en la Cruz.

Tres figuras formando un eje vertical que dividirá la fachada gaudiniana en la que Subirachs relata en piedra La Pasión. “Quiero volver a narrar hechos mediante la escultura”, declara con palabra ratificada por su obra de arte.

Entre setenta y cinco y cien serán las figuras que comienzan a componer el relato pétreo. Desde la Santa Cena hasta el Entierro. Figuras de dos metros y sesenta centímetros a cuatro metros de altura. Travertino y otras piedras nobles. Subirachs ha sentido la necesidad de “trazar” primero el eje citado.

En su taller, acabo de asistir a momentos de creación escultórica. Subirachs ahora trabaja en el Crucificado, en gran parte llevado a la piedra; en La Verónica y en el grupo de la Virgen y San Juan, esas tres figuras aún en barro. También ha terminado en barro el boceto de los que constituirá una originalísima Santa Cena. “La cabeza de San Pedro será la de Gaudí”, me dice el artista.

Le pregunto si como han hecho tantos pintores y escultores, va a autorretratarse en alguna de las figuras. “No. Pero todas son siempre un cierto autorretrato”.

No todo terminará en ese gran proyecto escultórico. Las hojas de las puertas de la Fachada de La Pasión, también serán labradas por nuestro artista: la Entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, previa al drama sacro. “Todo esto será seguramente mi última obra. Junto con futuros arquitectos, futuros artistas continuarán la tarea”. Subirachs sabe muy bien lo que quiere hacer. Como Gaudí, vive y trabaja en el templo.

Esto no le aísla del mundo. El verano pasado estuvo en Seúl para inaugurar una escultura suya conmemorativa de los Juegos Olímpicos. Ahora mismo en Francia se le acaba de distinguir con el título de “Personalidad del Año”. “No tenía idea. Ha sido una sorpresa”, asegura el artista.

Y a propósito del olimpismo inminente es de suponer que uno de los escultores españoles más conocidos en el mundo, y con seguridad el que más obra tiene en calles y edificios barceloneses, el que también erigiera un monumento cuando -1968- los Juegos de México, también aportará su creación a su ciudad natal con motivo de las Olimpiadas del 92.

“Hasta ahora, nadie me ha pedido nada”, expone el escultor. Esperemos que, entretanto, no vaya a producirse un olvido que sería a todas luces injustificado e injustificable.

Volviendo a la Fachada de La Pasión, una de las esculturas que puede dar mucho que hablar es la de Cristo. Tan desnudo como el que Benvenuto Cellini labró para El Escorial, penderá de una jácena de hierro a modo de travesaño de la Cruz, cuyo mástil será el mismo Cuerpo de Cristo.

Estilización intensa de la realidad y del mismo símbolo, este crucificado –tres metros y ochenta centímetros de altura y tan en lo alto- habrá de ser impresionante. A medio labrar y aún en el suelo, cómo impresiona ya.